

"Su control del lenguaje, su don para la imagen perfecta,
dan a Clase nocturna su notable poder" —Locus

Tom Piccirilli
Clase nocturna



Ganadora del premio
Stoker 2003

Tras el regreso de las vacaciones navideñas, Caleb Prentiss hace un macabro descubrimiento: durante su ausencia, una chica desconocida ha sido brutalmente asesinada en su dormitorio. Para él, un estudiante frustrado por el tedio de los estudios, ese suceso supondrá algo más que un incidente extraño y se convertirá en una obsesión a la que aferrar su oscura vida de universidad. Empezará una búsqueda desesperada por averiguar la identidad de la chica y del misterioso asesino, una búsqueda que no podrá abandonar ni siquiera cuando toda su vida empiece a derrumbarse a su alrededor.

En un viaje iniciático a través del misterio, el miedo y la desesperación, Piccirilli eleva el listón del terror con una obra maestra indiscutible. Clase nocturna es algo más que una historia, es una sobrecogedora experiencia que muchos lectores tardarán en olvidar.

*A Michele, la chica de la primera fila.
Y a Vince Harper, compañero de estudios.*

Me gustaría agradecer a las siguientes personas amistad y el continuo apoyo que me han prestado a lo largo de los años:

Ed Gorman, Lee Seymour, Dallas Mayr, Douglas Clegg, Gerard Houarner, Jack Cady, Don D'Auria y Matt Schwartz.

*Somos criaturas de un día
¿Qué somos? ¿Qué no somos?
El hombre es el sueño de una
sombra.*

—Píndaro, *Odas Píticas*

Primera Parte

Criaturas de un día

Capítulo uno

La clase de ética bastó para inducir a Cal a matar.

El profesor Yokver desvariaba frente a su mesa de caoba, recorriendo los pasillos como un sacerdote demente entregado a una prédica sobre el juicio y los fuegos del infierno, esperando a que el ángel de la oratoria se apoderara de él. Levantó aquellos brazos suyos que parecían plumeros y empezó a gesticular salvajemente. Sus dedos se estremecieron como pequeños tentáculos mientras exclamaba:

—¿Qué es el mal, muchachos? ¿Qué es el bien, qué es el mal? ¿Lo sabéis? —Golpeó la pizarra con los borradores para dar mayor énfasis a sus palabras. Todo el mundo en la clase parecía estar disfrutando del espectáculo—. ¿Lo sabéis, muchachos? ¿Lo sabéis?

Un novato de la primera fila tomaba apuntes tan deprisa que parecía un boy scout tratando de encender una fogata con dos ramitas. Concentrado en poner por escrito hasta la última palabra que brotaba de los labios de Yokver, el muchacho casi jadeaba, con la lengua fuera ¿Qué podía estar escribiendo?

Cal miró sus propios folios, vacíos.

Pero era una buena pregunta y se preguntó si conocía la respuesta.

Al otro lado del aula se sentaba Candida Celeste, con aquella sonrisa fotográfica y sensual que aún hacía que sintiera mariposas en el estómago cuando lo pillaba desprevenido, mostrando su perfecta dentadura. Tuvo que entornar la mirada y no pudo seguir mirando sus labios sin gruñir.

Ella, con el suéter de animadora abierto hasta el cuarto botón —igual que desde primero— se arregló la melena, negra como un cielo nocturno, y recorrió con una uña pintada de rosa la superficie entera de su escote perfectamente bronceado. Lo primero que pensó fue que debía de haber pasado en Florida las vacaciones navideñas. Y entonces, con repentina y espantosa claridad, comprendió, *oh, Dios, el Yok la está poniendo cachonda*. La escena era tan surrealista que Cal sintió una punzada dolorosa detrás de los ojos.

Tosió, sacudió la cabeza y consultó su reloj. Las 8:15 de la mañana. Otra hora y veinte minutos de pesadilla matutina.

—¿Es que tiene usted alguna cita de enorme importancia y lo estamos entreteniendo, se-ñah Prentiss? —preguntó el profesor Yokver, mientras se volvía a mitad de paso y recorría el aula de arriba abajo una, dos, tres veces. Se le daba muy bien aquel deje sureño, que le hacía parecer un personaje de Flannery O'Connor o un pijo de Carson McCullers.

Finalmente, se detuvo frente al pupitre de Cal y se inclinó para examinarlo con una sonrisa desprovista de todo humor.

Cal volvió la vista hacia la izquierda y se miraron el uno al otro, tan cerca que sus barbillas casi se tocaban. Reparó en que llevaba torcida la corbata de topos y que la perilla de chivo finamente recortada, un poco descentrada, no apuntaba exactamente hacia el suelo, y el largo cabello recogido en una coleta le llegaba casi hasta la mitad de la espalda. El polvo de tiza lo envolvía como una neblina. Sacudía los flacos brazos con tanta vehemencia que se arrancó sus propias gafas, se revolvió tratando de salvarlas y logró cogerlas antes de que cayeran al suelo. Fue un movimiento muy elegante, la verdad, como los de los luchadores de kung-fu que lanzan cuchillos al aire y los recogen al bajar, girando, y dejó a Cal bastante impresionado.

—Por favor, no permita que lo retrasemos, señor Prentiss. Huhhh. Hsssss. —Yokver sopló sobre los cristales de sus gafas y se las limpió en las solapas. El ostentoso dibujo de la chaqueta deportiva que llevaba dejó a Cal hipnotizado un momento, tratando de sumergirse en sus espirales. Uno podía adentrarse allí, más y más adentro cada vez, y no volver a salir a la superficie—. ¿Dónde estaba, hmmm? ¿Qué pensamientos nos lo habían arrebatado, eh?

Una jaqueca abrió un par de tenazas y a continuación las cerró con fuerza sobre él. Los rojizos rayos del sol de la primera mañana, más brillantes que la sonrisa de Candida Celeste, entraron como saetas por las rendijas que dejaban las persianas venecianas e incidieron directamente sobre su rostro. Parpadeó y apartó la cara de la luz.

Todos se volvieron en sus asientos y lo miraron. A veces pasaba. ¿Qué estaban mirando?... como si alguien fuera a levantarse, a apuntarlo con el dedo y a gritar, «¡j'accuse!».

En un sitio así no era difícil desarrollar complejos y él tenía la impresión de que estaba empezando a hacerlo. El novato de la primera fila coronó la ardiente meta de sus notas, aminoró su incesante escribir y finalmente se detuvo. También él se volvió en su pupitre y lo miró.

Candida Celeste soltó una risilla al oír que el Yok repetía su «¿hmmm?», al igual que el fornido jugador de football que se sentaba en diagonal con respecto a ella y estaba haciendo lo imposible por enredarse en un amoroso duelo de pies con ella. No lo logró, pero se esforzó tanto que Cal oyó el crujido de sus articulaciones. Uno o dos más de los presentes recogieron también el «hmmm», imitando el tono y alargándolo. Willy y Rose añadieron sus propios «¿Hmmm-mm?». Willy lo hizo balanceándose en su asiento, con un gesto que recordaba ligeramente a Stevie Wonder. Siguieron haciéndolo hasta estar en un mismo tono, en clave de sol bemol. Cal estuvo a punto de sonreír. La chica que se sentaba justo enfrente de Candida lo miró a los ojos y son-

rió. Tras un par de segundos le guiñó un ojo, lo que resultó una auténtica sorpresa para él.

—Eh, señor Prentiss. ¿Dónde está?

—Aquí mismo, en mi asiento —respondió Cal.

—Nada de eso.

—Que sí.

—No.

—Vale. No estoy aquí. —Puede que fuera cierto. Algunas veces le daba la impresión de que era así. En cualquier caso, al Yok le gustaban las respuestas cómicas, de modo que dejó que rumiara la suya un rato. Lo único que Cal quería era levantarse y salir de allí cuanto antes. Aquel día la paranoia llegaba temprano. Su elevada presión sanguínea —a sus veintiún años, 160 sobre 90— palpitaba en sus muñecas con la fuerza de un martillo neumático, mientras los demás pensamientos aullaban como gatos enfurecidos por debajo. Le daba la impresión de que tenía las plantas de los pies resbaladizas, como si acabaran de encerar las baldosas del suelo y corriera el riesgo de irse de cabeza al suelo en caso de levantarse demasiado deprisa y tratar de echar a correr.

A Yokver le gustaba jugar con los nervios de la gente. Cal dijo:

—No estoy en ninguna parte —y trató de dejar la cosa así, sabiendo, e incluso esperándolo en parte, que no iba a ser tan fácil.

—Hmm, Hhh-mmh-hhhhmmm hmmm hhhmmm ammm —continuaron Willy y Rose, entre carcajadas y miraditas amorosas, a pesar de que ninguno de ellos sabía lo que estaba haciendo realmente.

—¿Eh? —dijo Candida, con aquellos incisivos tan blancos y encantadores.

Yok se quedó con la boca abierta, los ojos llenos de orgullo y una especie de pesar, pero también agradecimiento y aprecio infinitos por la atención que estaba recibiendo. Cal sabía que le gustaba meterse con él porque en eso se

garantizaba el apoyo de toda la clase. Puede que hubieran descubierto lo que era el bien y el mal, allí mismo y en ese mismo momento.

Cal tragó, buscando saliva, pero solo encontró polvo y moho del fondo de su boca.

—Lo siento —dijo, tratando de parecer sincero. ¿Bastaría con eso? ¿Podría arrancar el anzuelo? Le supuso un gran esfuerzo, pero posiblemente no bastara para cortarlo.

Yokver no lo soltó.

Como una marioneta de madera, el profesor rodeó su silla con los brazos en jarras. La verdad es que tenía auténtico ritmo y una gracia atlética.

—Creo que no he oído eso, señor Prentiss. ¿Ha dicho que lo sentía? —Había abandonado el acento y no resultaba ni la mitad de agradable sin el deje dixie—. ¿Y qué es lo que siente?

Montones de cosas, pensó Cal mientras se concentraba en los topos del centro de la corbata del Yok. Había una mancha. Arrugó la nariz. Ajo. ¿Salsa de cangrejos? Levantó la mirada y vio que Yokver estaba esperando una respuesta. ¿Qué sentido tenía aquella especie de tortura? ¿Para qué seguir empujando aun después de tener a alguien pegado a la pared? ¿Para lucirse? ¿Para impresionar al boy scout o presumir con Candida? Puede que sí, pero lo más probable es que no. Esas razones eran demasiado identificables, demasiado humanas.

Cal ya sabía que la otra clase que tenía aquel día, *El arte de la poesía romántica en la Edad Contemporánea*, se había cancelado. Solo quería tomar unos huevos escalfados con extra de bacon en la cafetería, volver a su cuarto, dormir unas horas más, y puede que beberse unas latas de cerveza a última hora de la tarde. Podía haraganear el resto del día, hacer la colada, echar un vistazo por eBay y terminarse una novela que Willy le había prestado.

Esperaría a que llegara la noche para colarse en el sótano de la biblioteca y empezar a trabajar de verdad.

Se aclaró la garganta e hizo un esfuerzo por sonreír, pero no logró que sus labios se doblaran como debían.

—Siento haberme distraído en mitad de su explicación. No estaba en ningún sitio especial en este instante concreto, profesor Yokver. Señor. —Eso debería de haber sido más que suficiente, en serio, joder. Pero una pegajosa necesidad que había en su interior empezó a despertar, el deseo de recobrar parte del terreno perdido. No hubiera podido decir si seguía respirando y solo esperaba no haber empezado a jadear—. Puede que estuviera recordando los placeres y la seguridad del vientre materno.

El Yok levantó las pálidas manos, con aquellos dedos que parecían interminables, por encima de su cabeza, y dijo:

—Puf, joven. No lo sienta.

Cal asintió.

—En realidad no lo sentía.

—¿No?

—No.

Oyó que Jodi jadeaba en el pupitre de atrás, uno de aquellos suspiros enfurecidos que vienen a decir «oh, por favor no nos metas en más líos». Ella sabía mejor que nadie lo mucho que temía aquel curso, pero a pesar de todo esperaba muchas cosas de él, y Cal no terminaba de entender el porqué. Jo era la razón por la que había escogido la clase de *Filosofía* del Yok. Normalmente una clase a las 8:00 de la mañana habría sido más que suficiente para espantarlo, pero últimamente pasaban tan poco tiempos juntos que se había decidido a apuntarse. Además, como la clase era tan temprano, se suponía que debían de dormir juntos en el cuarto de ella, aunque tampoco esto estaba saliendo como esperaba.

La luz que había brillando en los ojos de Yokver la semana pasada, cuando le había dejado el formulario de baja en la mesa, le había confirmado el gran error que había cometido al dejar que supiera que odiaba estar allí. El aire se ha-

bía enfriado tanto que Cal hubiera jurado que su aliento se veía. Tras estrujar la nota en silencio, el profesor Yokver la había arrojado a la papelera y había seguido comentando párrafos de la obra de Nietzsche, *Crepúsculo de los ídolos*.

Diez días antes Yokver había dicho en una de sus clases que no existe eso que se llama movimiento. Utilizando una flecha como ejemplo, les había explicado que en cada intervalo de tiempo concreto la flecha permanecía estacionaria, congelada en el espacio que ocupaba en aquel preciso instante. Era la clase de razonamiento que puede abrir la mente a los jóvenes siempre que no hayan estudiado física. Subrayó su argumento haciendo acrobáticos giros por toda la clase, mientras gritaba, «¡no estoy moviéndome!». Cuando uno lo contaba parecía gracioso, pero estar allí dotaba al episodio de un sesgo diferente, desagradable.

Más tarde, Cal le había contado al decano, que estaba doctorado en física y química además de en teología, la situación entera. Le había suplicado que se olvidara de los formularios y le permitiera dejar la clase, pero el decano se había limitado a fulminarlo con una prolongada mirada que le había hecho comprender que le convenía no involucrarlo en un asunto como aquel.

Su mirada se posó en el lado bueno del Yokver, que en aquel momento estaba sonriendo y levantando las cejas, interpretando toda una pieza de vodevil.

—No lo sientes, ¿eh? No, claro que no. Entonces, ¿por qué...

Eh, todo el mundo tiene su límite. Así que deja de tocarme las...

—... lo has...

pelotas,

—... dicho...

joder.

—... Calvin?

Bien, ahí estaba. La gota que colmó el vaso fue el tono rastrero y despectivo que Yokver puso en el *Calvin*. El mis-

mo tono que utilizan todos los matones para corear tu nombre mientras te sujetan e impiden que alcances tu tartera. Dándote con un dedo en el pecho, justo por debajo del corazón, hasta que te duele el pecho. Se llamaba Caleb, no Calvin, así que el tiro falló de todos modos. Pero la cuestión no era esa. ¿De verdad habían llegado las cosas a ese punto? ¿De verdad quería el Yok pelear con él o era solo que su colesterol había vuelto a jugarle una mala pasada?

Cal respondió con la respiración entrecortada.

—Pensé que sería una manera educada de quitármelo de encima. —Cerró su cuaderno vacío. Casi deseaba recibir un suspenso fulminante. Cualquier cosa con tal de salir de allí.

Tras quitarse las gafas con un gesto teatral, como Clark Kent en un momento desesperado —el río desbordado, el autobús escolar sin frenos resbalando por una carretera de montaña—, como si fuera a arrancarse la camisa y apareciera debajo la licra de color azul, Yokver se masajeó el puente de la nariz y se rascó de forma frenética el surco que tenía entre los ojos. La coleta se meneó por encima de su hombro izquierdo y después por encima del derecho mientras él sacudía la cabeza y chasqueaba ruidosamente la lengua.

—Según parece, piensas que ya conoces todas las respuestas y por tanto no necesitas enfrentarte a la sustancia de este curso. De modo que, Calvin, ¿por qué no me dices lo que está pasando realmente por tu mente?

Caleb sonrió y las cejas del Yok descendieron levemente. Era mucho mejor estar sonriendo. Algo líquido e hirviente que había en su interior se volvió sólido de repente. Ya no sentía el martilleo del pulso en las muñecas, pero la cabeza seguía doliéndole un poco. Se apartó el cabello de la frente y dijo:

—Si quisiera ver a un payaso, iría al circo.

—¿De veras?

—Sí. Por apenas diez dólares me sacan cincuenta enanos de un Volkswagen, y hasta puedo comprar una de esas pequeñas linternas de neón para señalar en la oscuridad. Hasta los caniches bailarines son más divertidos que sus piruetas.

Jodi reprimió una risilla y susurró un «Ay, Cal». Algunos de los otros chicos respondieron con «aaahs» y «hmmms», como un coro calentándose. ¿Pensaban que estaban en la escuela primaria o sentados en una iglesia? ¿Querían ver cómo lo machacaban, de verdad estaban tan aburridos? Claro que sí, siempre era así.

—Yo creía que el término socialmente aceptable era «personas pequeñas».

—Llevo en esta clase tres semanas y hasta el momento no he visto que abandonara un solo segundo su monólogo de teatrillo de Atlantic City para hablar de cualquier dilema ético, moral o social, o de asuntos serios como la otra vida, el racismo, la censura, la pornografía, el aborto o... —Buscó algo relevante y todo brotó en una sola cadena de imágenes, a pesar de que él mismo rara vez dedicaba un momento a pensar en estas cosas—... la prostitución, la Jihad, el incesto, Ruby Ridge, el hedonismo, la guerra, o esos cabezas de chorlito que quieren encerrar a los enfermos de SIDA en un campo de concentración en el desierto, las nuevas leyes sociales, la Seguridad Social, Oklahoma City. —Tragó una saliva más espesa que el sirope—. O el suicidio.

—Oh.

Acudieron más imágenes, pero ya había completado la escala y estaba volviendo a ver la imagen de su hermana, levantando hacia él unos brazos empapados de rojo.

—Machaca usted a Nietzsche, insulta a Camus, menosprecia a Sartre y... —El Yok asomó la lengua un momento, lo que le dio una excelente pista—... y le saca la lengua a Bertrand Russell y Sócrates. —Cal sabía que tenía que dar